

SE PUBLICA  
LOS  
DOMINGOS.

PRECIOS:

EN LA

Habana y Matanzas

UN PESO AL MES.

En el interior

TRES PESOS 50 CTS.

por trimestre, adelantados,

FRANCO DE PORTE.

EL NÚMERO SUELTO

SE VENDE Á

TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION

San IGNACIO 17,

á donde se dirigirán

las reclamaciones que  
puedan ocurrir por  
virtud de los artículos  
que se publiquen.

LOS DEMÁS

AVISOS Y RECLAMACIONES

pueden dirigirse

Á LA

IMPRENTA Y LIBRERÍA

"EL IRIS,"

OBISPO 22.



# LA SERENATA.

PERIÓDICO SATÍRICO, ECONÓMICO Y LITERARIO.

## EL SIGLO

### ANTE EL CRITERIO DE LA SERENATA.



IGAN lo que quieran los naturalistas, el hombre es un animal por demas extraño. Nunca está satisfecho con nada. Parece en esto á la mujer, este otro animal tan bonito y no menos raro, que sin saber por qué, nos gusta tanto.

Vea V.: no há mucho todavía, vivíamos aquí nosotros así como en matrimonio ó como debe vivirse allá en Polonia, esto es, con una especie de risita de gozo en los labios y una sombra de dicha en los talones. Nada nos faltaba, pues, para darnos al Diablo. Donde quiera que volvía uno la vista, se encontraba con una porcion de abusos que no nos dejaban boca ni para quejarnos; la mirada incierta de cualquier celador de barrio bastaba para aterrarnos y meternos en cintura; subía y bajaba sus descuentos el Banquito de la Habana ó los hacia á las claras como si se tratase de amores por

la ventana ó á las turbias como si estuviésemos en Lóndres, sin que á nadie se le antojase murmurar sino por lo bajo; y veíamos, á cada paso, obligados á sostener una *corriente metálica* entre nosotros y ciertos prójimos para librarnos de engorros. De libertades no hablemos, por que ni aquí se conocían semejantes alimañas ni sabíamos que existiesen en parte alguna sinó de oídas ó por la relacion confusa de algun iluso viajero, y los *hermanitos* que venian de allende, ó apenas es si las habian entrevisto en su vida ó nos miraban con sorna cuando del particular les hablábamos; en cambio, teníamos en abundancia las *civiles*, esas mismas que tanto agradan á su merced el de la Marina, y podia V. sin grave inconveniente, ponerse al fresco en su casa cuando y como quería y hasta vivir en dulce consorcio con tres ó mas mugeres de no importa que colores, sin que alma nacida se metiese con V.; y si es en cuanto á la de imprenta, era mucho si sorprendiendo subrepticamente la buena fé de algun Censor, que todosellos la tienen, lograba uno pasar un comunicadito no muy largo, diciendo, por ejemplo, que el sereno de su

calle estaba ronco y no cantaba bien, ó algo así por el estilo. Verdad es que el que lo hacía, habia de ver despues donde se metía; cuando menos, podia estar seguro de figurar en algun libraco verde y ser tenido, ademas por ente sospechoso, capaz de fraguar, á un volver de cabeza, cualquier plan diabólico que diese al traste con todos nosotros. Jesus!

En punto á leer y escribir, ni nos habia ocurrido jamás saber los puntos que calzábamos ni mucho menos que pudiese esto servir para otra cosa que para estraviar el pensamiento; así es que las escuelas escaseaban tanto como los hombres honrados ó los políticos de buena fé.—Respecto á hospitalidad, bastará decir que los viajeros, sobre todo los de Africa meridional, entraban á bandadas y no salian jamas. Ríase V. de banquetes y comilonas, que llegaba á tanto nuestro alborozo cuando de este lado los veíamos que nos dábamos todos á comer, chicos y grandes, hasta por los codos, como si se tratase nada menos que de futuros diputados. Pues no digamos nada acerca de esto de dar á la sin hueso, porque nadie nos impedia que hablásemos cuanto en



mientes nos viniese de los folletines dominicales de la inimitable Prensa y de los articulitos de política extranjera de *nuestros ecos*. Demás está advertir que el *Marino* no había llegado aun al estado de *circunspeccion* que hoy hace la desesperación de sus contrincantes, y no había por lo tanto, manto alguno ni capote de ninguna especie de por medio.

Agregue V. á todo eso que aquí no se conocía mas voz ni mas voto, ni mas rey ni mas Roque que una cuantas cabezas que en lo vacías se asemejaban mucho á las cajas de nuestros gobiernos y en lo duras á mollera de escribano, y tendrá V. medio delineado el cuadro de nuestra situación. Nada decimos, como se vé, de cosas gordas, porque como vulgarmente se dice, *aquí se acabó el carbon*; y los ayuntamientos, las contribuciones &c. quedan para otra ocasión. En una palabra, reinaba en la *Perla* una oscuridad tan hermosa y unas tinieblas tan espesas y unos misterios tan confusos que no había disgustados mas que las tres cuartas partes de estos fieles moradores.

¿Quién había de quejarse, pues? Solo algun iluso, de esos que tienen siempre por hábito el murmurar, solía de cuando en cuando y en voz muy baja se entiende, mirando á todos lados como si se tratase de criticar el *sistema de las milesimas*, aventurar alguna frase ó alguna palabrilla así, insulsa por el estilo; mas bien pronto, admirado de su propia audacia, corría á ocultarse donde nadie lo viera.—Reformas? Estaba V. fresco! Si tal cosa asomaba, bien podía V. decir que si no se metía voluntariamente donde nadie lo viese, no faltaría quien contra todo su gusto lo metiera.

Empero hé aquí, que aprovechando un interregno de los monopolistas y luchando con mil trabajos, se aparece el *Siglo* y hoy por un lado.....

Al llegar á esto, un *incidente involuntario* nos corta bruscamente la palabra, y mal que nos pese, habremos de resignarnos á aguardar al próximo número para terminar esta crítica. Quiera el cielo darnos salud y fuerzas para tanto, y á nuestros lectores la paciencia que tan encarecidamente recomienda el Evangelio.

BELMONTE.

### CAPRICHOS Y ARABESCOS.

La literatura cubana parece como que quiere salir del profundo letargo en que ha tanto tiempo se encuentra sumida, y ya empieza á dar señales de vida. Los muchachos se van animando.

Enhorabuena!

En uno de nuestros anteriores artículos dijimos que lo que se llama literatura cubana no tenía ningun órgano propio que la representara bien ó mal; pero he

aquí que la *Revista del Pueblo*, cuya reaparición saludamos cordialmente, aspira á merecer algun día el nombre de «espresion de la literatura en Cuba,» segun sus propias palabras.

No seremos nosotros los que le disputemos esa justa aspiración, ni mucho menos los que se la tengamos á mal. Antes al contrario. Deseamos que así suceda, y que al fin los escritores cubanos, y por lo tanto nuestra literatura, tengan un órgano que sea la verdadera espresion de ella, hasta el grado que le sea posible á un periódico ser la espresion de una literatura. Sí; deseamos una publicación que se vea libre de toda clase de influencias, y que no pertenezca á ninguno de los bandos en que se halla dividida nuestra república de las letras.

Y puesto que de publicaciones se habla, diremos de paso que estamos amenazados de un enjambre verdadero, mayor aun que las *libélulas* ó *caballitos de San Vicente* que en compactos batallones se han paseado triunfalmente en estos días por las calles de nuestra población, causando alguna alarma entre las gentes alarmadizas de por sí, y que se ven ya en perspectiva amenazadas de pestes, guerras, tempestades ú otras bicocas por el estilo.

Hasta ha sido preciso que el sesudo y circunspecto *Diario* tomara el asunto de su cargo, y que en su número correspondiente al domingo 10 del que cursa, y nada menos que en un suelto de editorial, como quien dice, despues de darnos la esplikacion del fenómeno invitara al Sr. D. Felipe Poey para que emitiera su opinion é ilustrara un punto de tanta importancia, como que de él dependía sin duda el que pudiéramos dormir á pierna suelta sin sobresaltos ni congojas.

Y á propósito, ya que ha llegado la ocasión, diremos que nos carga, y mucho, que para cuestiones insignificantes, y hasta pueriles á veces, se haga un llamamiento público á un hombre de ciencia, convirtiendo á esta en una especie de pitonisa que *velis nolis* tiene que dar la esplikacion de todo, y, para hablar con franqueza, haciéndola desempeñar papeles un tanto ridículos.

Que se pescó un tiburón que tenía una gallina en el buche,—á D. Felipe Poey que esplikue por qué tiene una gallina y no un gallo;—que si los alacranitos se comen á su madre,—al mismo que diga lo que hay en el particular;—que en el partido cual una perra le dá de mamar á un gatito,—al precitado que sin pérdida de tiempo manifieste la causa de este fenómeno &c. &c.—Y D. Felipe Poey, siempre complaciente, acude á todos los llamamientos aunque algunas veces, en honor de la verdad, nos deja tan enterados como estábamos antes.

En el caso que nos ocupa, el Sr. Poey, contestando á la invitación del *Diario*, publicó en el número correspondiente al 12 una comunicación sobre la emigración de las libélulas en que á vueltas de algunas dudas, vacilaciones é hipótesis, se echa en brazos de los encargados del observatorio físico-meteorológico y nos quedamos á buenas noches.

Diantre! Pues nos hemos metido en las rentas del escusado! sigamos nuestro tema interrumpido por esta digresion de circunstancias. Decíamos que nos amenazaba un verdadero enjambre de publicaciones. Y aquí tropezamos con otra de las

manías de la literatura cubana:—los periódicos literarios.

Esto no fuera malo, si el solo anuncio de ellos no despertara ya en el público una sonrisa burlona. ¡Tan acostumbrado está á la corta duración de todos, que ya lo juzga muerto, y hasta perfectamente enterrado, no bien aparece tímidamente la primera entrega del malhadado periódico!

Tres meses es por término medio la duración de un periódico literario en esta siempre fidelísima ciudad de la Habana.

Seis meses de vida llaman la atención y el caso tiene algo de prodigio; sin embargo, suelen presentarse, aunque con mucha rareza.

Nueve meses!..... Ya esto toca al escándalo, y es probable que si estuviéramos en los tiempos de la Santa Inquisición se tratara de quemar á su director por delito de hechicería.

¡Un año!..... El auto de fé sería inevitable. Felizmente que con grave pesar de los *murciélagos* no estamos en los bien hadados tiempos del Santo Oficio, ni este cariñoso señor se vería obligado á tales extremos; ¡Gracias sean dadas al Todopoderoso! .....

Lo mas curioso es que dichas publicaciones nacen sin saber cómo y mueren del mismo modo, despues de haber arrastrado una existencia miserable. Muchas de ellas no cuentan con mas lectores que sus colaboradores, cuando los tienen, y estos lo único que leen son sus escritos,—el cajista que los confecciona y el pobre censor que tiene que poner su *imprimase*.—Total: tres lectores.—No es poco, en verdad.

Algunas veces, casi siempre, el autor de algun artículo ó poesía lee su producción á sus amigos íntimos ó no íntimos, porque en este caso á todos les vende el favor; pero no está averiguado que estos lo *escuchen*, aunque al parecer lo *oigan*.

Y bien merecida tienen la indiferencia glacial con que el público los trata. Esas publicaciones, en su gran mayoría, ¿de qué sirven? ¿qué representan?—¿Qué aspiraciones tienen?—¿Qué beneficios han producido á la literatura cubana?

Sirven para corromper el poco buen gusto que aun existe esparcido por esos mundos de Dios en moléculas imperceptibles;—representan una literatura bastarda, desprovista absolutamente de todo; sin tendencia alguna, sea literaria, moral ó social;—articulillos mal zurcidos, insustanciales, pálidos, insípidos. En todos estos periódicos se respira una atmósfera de fastidio que sofoca, y el absurdo campea en ellos por su respeto.

¿Cómo es posible que puedan subsistir unas publicaciones que carecen de todo lo que puede tener algo de literario? ¿Si al menos fueran entretenidas! ¡si hicieran sonreír siquiera! Pero quí! si el defecto capital de que adolecen es el fastidio elevado á su última espresion.

Puede sentarse como un axioma, que lo que ha marchitado en flor nuestra literatura son las publicaciones que con el título de literarias se vienen publicando de algunos años á esta parte, escepcion hecha de dos ó tres, y que dando cabida en sus columnas á todo lo que se escribe, bueno ó malo, han improvisado de la noche á la mañana en escritores á los que ni aun leer puede decirse que saben.

Y si fuera esto solo!—Pero en estos úl.



timos tiempos cierta clase de publicaciones ven la luz con el único objeto de convertirse en arma ofensiva y ser un desahogo de pasiones y sentimientos mezquinos, mal encubiertos rencores, venganzas personales y una amenaza constante contra todo lo que sea noble, elevado, digno y no participe ni pueda nunca avenirse con las ideas que representan semejantes periódicos.

Un enjambre de publicaciones de toda clase nos amenaza. Si sus directores piensan seguir la marcha común á este género de literatura, convirtiéndolos en órganos de miserias y pasioncillas y no propendiendo de buena fé á la difusión de las sanas ideas y á levantar á nuestra pobre literatura del estado de postración en que se encuentra,—tendrán en nosotros un enemigo implacable, como lo seremos de todo aquello que nos parezca digno de reprobación y se atraiga la censura de las personas sensatas é inteligentes.

Ha llegado el tiempo de decir la verdad, y cuando la encontremos en nuestro camino, no vacilaremos y la diremos con todas sus letras.

ARIEL.

## LA VENTANA DEL ZAGUAN.

Si se quisiese determinar el carácter distintivo de nuestro pueblo, nada me parece que concurriría á señalarle de una manera tan evidente, como el orden de construcción que se observa en nuestras casas. Fíjese la atención en ellas y no podrá menos de convenirse en que quienes las habitan han de ostentar precisamente un carácter franco, abierto y en manera alguna mojigato.

Esa multitud de comunicaciones, de puertas y rejas abiertas á la calle, por donde puede entrar y salir comodamente cuanto se quiera, permite además al público, inspeccionar los hábitos, las costumbres y á veces hasta los secretos mas reservados de las familias, sin molestarse gran cosa y sin mas que lanzar una ojeada desde las ventanas al interior de las habitaciones. Por eso entre nosotros se puede decir que en rigor no existe eso que en otras partes se llama la vida privada, la vida íntima y que aquí es quizás la vida mas pública, la mas despojada de todo misterio.

No hay mas que pasar por una calle cualquiera y mirar con alguna fijeza á las casas de uno y otro lado, para recojer al vuelo diversidad de datos con que ilustrar la crónica chismográfica de la ciudad.

¡Cuántas cosas no ha visto uno impensadamente por algunas de esas ventanas que enfilan siempre con la hilera de cuartos y permiten al ángulo visual extenderse y registrar hasta el fondo de las casas! Una joven casta y pudorosa se viste ó se desnuda en su virginal aposento, con el abandono propio de la que se juzga sin testigos. La pobrecilla mientras tanto abstraída con sus pensamientos, quizás tiernos y amorosos, no observa la torpeza de la criada que le sirve, quien al entrar deja un tanto espedita la puerta que da paso á la inmediata habitación, la cual se domina desde la ventana de la calle. Calculad ahora lo que puede suceder si acierta á pasar un curioso y lanza su importuna mirada en aquella dirección.....

Esto que no hago ahora mas que suponer, suele convertirse en realidad, como pudiera certificar la gente que pasa por la calle, la gente curiosa, indiscreta y observadora. Al menor descuido, el transeunte que anda

siempre á caza de estos deslices, satisface su propensión. Por lo tanto, se puede decir, que la *arquitectura* entre nosotros sirve de auxiliar á las malas inclinaciones, á los que no tienen escrúpulo en pecar por los ojos..... La arquitectura, pues, es la responsable. ¡Valiente entidad para hacerle cargos! Con decir que á todas nuestras razones ha de quedarse siempre petrificada.....

Para bosquejar ahora este cuadro, no tendré necesidad de penetrar en lo interior de la casa. No pienso pasar del zaguán. Nos instalaremos en él con anuencia del portero, que no pondrá gran reparo, pues nuestros zaguanes suelen ser punto de recepción de clase bastante heterogénea y *sans façon*. Cualquiera entra en ellos seguro de ser bien recibido.

¡El portero! precisamente es el individuo de esta clase á quien pienso poner esta vez á contribución para hilvanar mi artículo.

A primera vista, el portero es el ente mas insignificante entre los que habitan la casa, cuya puerta guarda ó descuida, como Uds. quieran. Pero el portero tiene tambien una significación aparte, de la cual suele él tener conciencia. Su obligación única parece ser la de centinela avanzada de la casa en que se halla; pero él además se obliga á hacer cigarros, oficio anexo infaliblemente á la ocupación de portero, que es nula y negativa. Hace, pues cigarros, y hace alto al mismo tiempo en cuanto pasa en la casa. Oye todo lo que se dice, todo lo que se cuenta por secreto que sea; pues si él tiene buenos oídos, los que hablan tienen tambien buen cuidado de olvidar que los porteros oyen mas que las paredes, y alzan la voz cuanto se necesita para que toda la casa se entere, incluso el portero. La ventana del zaguán presta al portero este servicio. Por entre sus rejas, pasa la animada conversacion entablada en la sala, al zaguán, ó lo que es lo mismo al portero. Se tratará tal vez de algun secreto doméstico, de algun fracaso que ridiculiza al jefe de esa familia, ó pone en berlina la reputación de alguna de las señoritas. No importa: están en su casa, entre los suyos, y pueden hablar con franqueza. ¿Quién piensa en esos momentos en el portero, instalado á pocos pasos de la ventana del zaguán? ¿Acaso está averiguado que los porteros entienden el castellano? Sí, pero la malicia supl al conocimiento filológico, la malicia es la clave del mas velado language. ¿Qué mucho, pues, si nada se suele velar, si todo se relata en esos conciliábulos de familia con sus pelos y señales, segun la frase admitida?

El resultado ¿cual es? que el portero tiene sus amigotes, regularmente los otros porteros de la vecindad, y que secreto sorprendido, secreto revelado. Aquella familia que teniendo un secreto se lo confia inadvertidamente á su portero, dá lugar á que este lo confie á su vez á sus cofrades que lo comentan entre risas y chacota. Esa familia imprudente queda puesta en ridículo. El portero tiene por única obligación, como queda dicho, guardar la puerta de la casa, pero no los secretos de los habitantes de esta. En nada por lo tanto infringe su consigna.

¡Ah, el portero! si supieras tú, pobre enamorado Arturo, que rondas la casa de Aurora, sin alcanzar verla las mas de las veces, ¡cuan envidiable es la suerte del portero, de ese que hace cigarros en el zaguán, al pie de la reja de la sala!— El la vé á todas horas, la observa, la examina, quizás en su fuero interno la encuentra bonita..... El portero puede tener su alma en su *almario*.

Aurora tiene su piano junto á esa ventana del zaguán. De once á doce de la mañana, viene á sentarse allí á estudiar su repertorio. Entre ella y el portero no hay mas que la reja.

*Ella á su piano sentada,  
Y al pie de la reja él.*

La lección dura una hora y mientras tan-

to el portero percibe el suave y delicado perfume que Aurora, como muchacha distinguida, esparce á su alrededor; parte de su vestido se apoya contra los hierros de la ventana y hasta se alcanza á ver la franja bordada de su blanca saya interior. ¡No has visto tú nunca esa franja, pobre enamorado Arturo, ni has aspirado jamas ese perfume exquisito!

Aurora cierra su piano y abandona la sala. El laborioso portero continúa su no interrumpida tarea de hacer cigarros, y en honor de la verdad, tan indiferente en la ausencia como en la presencia de Aurora. Lo que Arturo estimaría como un favor supremo, lo que colmaría sus votos mas ardientes, el portero lo alcanza sin ambicionarlo, sin darle importancia. Aurora es buena, es amable con el mas infimo de sus criados y al portero lo trata con su habitual dulzura.

Héla allí de nuevo en la sala. Acércase á la ventana del zaguán y llama á D. Antonio, que este nombre tienen casi todos los porteros.—Se le ocurre una comisión cualquiera, algun *mandado* para el establecimiento de modas donde se surte, y el tal es costumbre desempeñe D. Antonio. Ella no se halla con otro para estos casos. D. Antonio es complaciente y sirve con agrado á Doña Aurora, aun á trueque de abandonar el tablero de los cigarros, sacrificio el mas penoso para un portero. Aurora le dá sus instrucciones, le explica lo que desea y alargando por entre los balaustrados su blanco y torneado brazo, entrega á D. Antonio una nota para el establecimiento, ó alguna muestra de lo que ha de pedir en él. La preciosa y delicada mano de Aurora se roza con la áspera y callada del portero que permanece impávido. La epidermis de un portero es impenetrable.

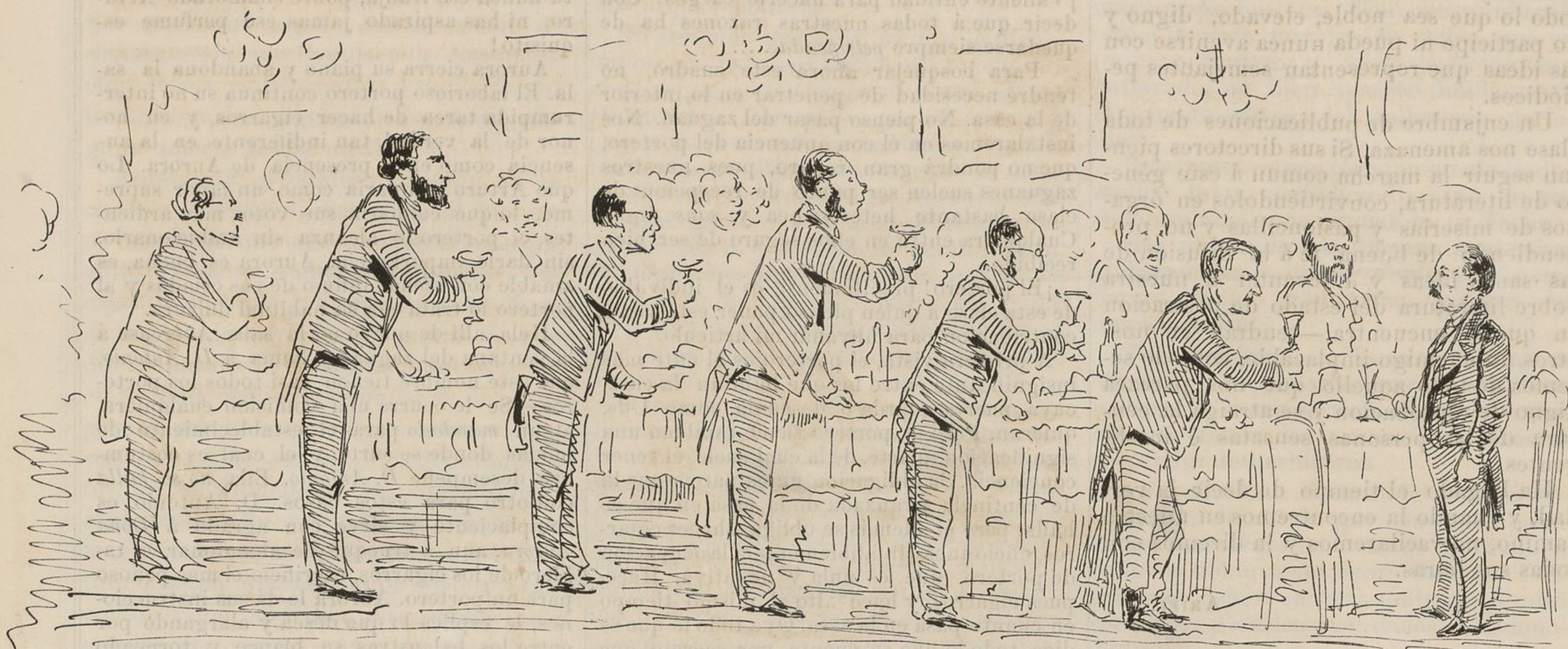
Dime ahora, Arturo, ¿has hablado tú alguna vez con Aurora por la ventana del zaguán ni por ninguna ventana? ¿Te ha sonreído, te ha alargado la mano para entregarte un papel escrito por ella con su fina letra? ¿Tu mano ha sentido el contacto de la suya sedosa y blanda? ¡Pobre Arturo! Aurora no hace caso de tí, porque ignora tus delirantes transportes, tus deseos comprimidos de verla, de oirla, de adorarla de cerca. En tanto prodiga su presencia al portero, á esta alma de cántaro que ni la adora ni se estremece viéndola y sintiendo el roce de su mano perfumada.

¡Cuan engañosas suelen ser las ilusiones de los enamorados en este mundo peregrino! ¡Vea V., el pié de Aurora! Arturo no ha logrado vérselo aun, y se lo imagina pequeño, bien modelado, lo mas mono. El pié de Aurora en efecto, es precioso, pié pulido de habanera, y si Arturo hubiera podido hallarse algunas veces sentado en el puesto del portero, junto á la ventana del zaguán, se habria cerciorado por sí propio. Lo que él no contempla sino á través de su acalorada fantasía, que como debe suponerse nada le muestra en realidad, el portero lo vé á cada paso con sus pequeños ojos grises; ojos pertenecientes al gran surtido de los de esa especie que la naturaleza reparte á los porteros y gentes por el estilo.—Aurora se halla por la mañana en la sala en traje de casa y por lo tanto *sin pantalones*; pero como en el traje de casa se incluye siempre el malakoff, dedúzcase lo que puede suceder á lo mejor del tiempo.

Nuestras calles son á menudo teatro de escenas palpitantes, violentas y ruidosas. Un *ataja* con que se persigue á cualquiera con voces descompasadas, atajándole con mil objetos arrojados; una pobre bestia que cae y á la que se procura levantar con furibundos latigazos y una lluvia de palos; alguna *tragedia* en que dos *negritos curros* ventilan alguna cuestión puñal en ristre. Cualquiera suceso de esta especie, alarma al vecindario y pone en conmoción á las señoras mujeres, haciéndolas asomarse á las ventanas poseídas de terror y á la vez de curiosidad.



# EL SALON DE LAS TULLERIAS EN UNA NOCHE DE ESPANSION.



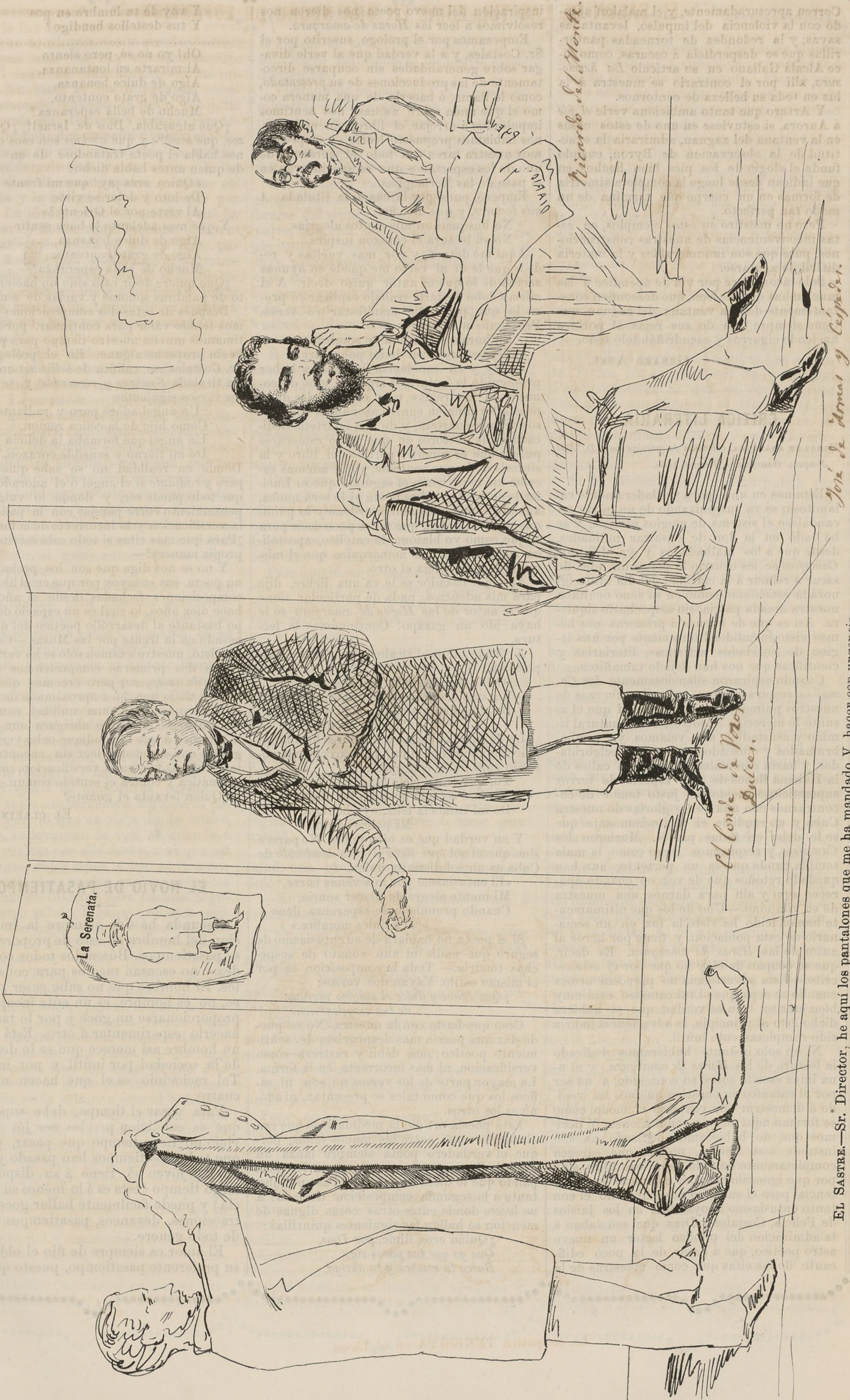
¡¡A la salud de nuestro hermano!!



La simpática TERESITA en el Liceo.



# LA REDACCION DE UN PERIODICO INCENDIARIO.



EL SASTRE.—Sr. Director, he aquí los pantalones que me ha mandado V. hacer con urgencia.  
 EL DIRECTOR.—Me parece que están algo cortos, eh? No sabe V. que el *caricaturista* me los pinta siempre rabones?  
 EL SASTRE.—Pues sepa V. que ya no hay mas género de esta clase, y á no ser que le pidamos al de la Marina un pedazo de su manto.....  
 EL DIRECTOR.—Escarante ¡idea! Queda V. facultado para ello. (Aparte) Con eso no tendremos ya que apurarnos tanto para sacarlo del encierro.



Corren apresuradamente, y el malakof ajitado con la violencia del impulso, levanta las sayas; y la redondez de torneadas pantorrillas que se desperdicia á oscuras, como dice Alcalá Galiano en su artículo *La hermosura*, allí por el contrario se muestra á la luz en toda su belleza de contornos.

Y Arturo que tanto ambiciona verle el pie á Aurora, si estuviese en uno de estos casos en la ventana del zaguán, admiraría la exactitud de la observación de Byron, cuando funda el elogio de los pies bien hechos, en que indican desde luego la completa simetría de formas en un cuerpo que termina de un modo tan perfecto.

Pero no insistiré en estos ejemplos, en estas inconveniencias de nuestras construcciones, pues que son innumerables y la materia difícil de agotarse.

Soló aconsejaré por vía de apéndice á las muchachas que me léen, que desconfíen constantemente de esa ventana del zaguán, que tiene siempre tras de sus rejas al portero haciendo cigarros y escudriñándolo todo.

GENARO ABEL.

### CRITICA LITERARIA.

HORAS DE AMARGURA, colección de poesías por D. José Joaquín Govantes.—Habana, 1865.

Estamos en una época verdaderamente calamitosa; se va entronizando de un modo escandaloso el sistema de elogios mútuos, y se ha dado en la flor de ensalzar nulidades, desde que á los malhadados y ya difuntos *Camafeos* se les ocurrió la peregrina idea de sacar á relucir á la claridad del día tanta ignorada *notabilidad* como en su seno ocultaba nuestra amada patria, sin sospecharlo siquiera. Así es que de buenas á primeras nos hemos visto invadidos literalmente por una legión de entidades artísticas, literarias y científicas que nos han dejado tamaños.

Cuando espiraron silenciosamente los *Camafeos*, respiramos con todas las fuerzas de nuestros pulmones, pues en verdad que el asunto lo merecía. Nosotros, de un natural tímido y asustadizo, nos veíamos ya semi-brumados y ofuscados con tantas celebridades, y hasta caminábamos por las calles de la Habana llenos de una especie de terror supersticioso nacido del justo temor de encontrarnos con una de las glorias de nuestra Cuba y no rendirle el pleito-homenaje que se le debe en todas partes. Murieron los *Camafeos*, y respiramos. Pero como la mala semilla cunde que es un portento, aun han quedado retoños que de vez en cuando aparecen aquí y allí para darnos una muestra de su vitalidad.—Uno de los que últimamente hemos leído ha visto la luz en un semanario de esta población, y tiene por héroe al autor de las *Horas de amargura*. Es decir, que se ocupan de él, y no que por él esté escrito.—Esta advertencia no parecerá ociosa cuando se sepa que el tal *camafeo* está muy bien escrito; bien es verdad que si hubiera dicho esto al principio, la advertencia habría sido completamente inútil.

Ni un solo instante hubiéramos dedicado la lectura de las *Horas de amargura*, y ni una línea escrito sobre su contenido, á no ser por el *camafeo* en cuestión que nos ha venido á demostrar una vez mas el modo como se forman aquí ciertas reputaciones. Y decimos que no hubiéramos dedicado un solo instante á su lectura, no por que carezca completamente de todo valor ese libro, sino por que ignorábamos por completo su existencia; pero el *camafeo* nos habló de él con tanto entusiasmo apoyándose en los juicios de Felicia, Costales y Díaz que señalaban á la admiración del público lector un nuevo astro poético, que á pesar de lo poco edificante de las citas que como muestras de la

inspiración del nuevo poeta nos dieron, nos resolvimos á leer las *Horas de amargura*.

Empezamos por el prólogo, suscrito por el Sr. Costales, y á la verdad que al verle divagar sobre generalidades sin ocuparse directamente de las producciones de su *presentado*, como le llama, ó hacerlo de una manera como el que anda sobre ascuas, nos sentimos impulsados á arrojar el libro; sin embargo, nos habíamos propuesto leerlo, y emprendimos nuestra tarea con todo el heroísmo de uno de los espartanos que se sacrificaron en el paso de las Termópilas.

Empecé, pues, por la cuarteta titulada: *A mis lectores*, y que dice así:

No busqueis en mis cantos alegrías,  
No su lectura el corazón inspira.....

Aquí me detuve, y por mas vueltas y rodeos que le di al verso me quedé en ayunas acerca de lo que el autor quiso decir. A él mismo debe costarle trabajo explicar en prosa lo que pretendió manifestar en verso. Proseguí sin embargo:

En horas borrascosas y sombrías,  
Tristes brotaron de mi pobre lira.

En ley y en conciencia no debería haber proseguido la lectura, porque el que desconociendo las reglas mas elementales de la poesía termina en cuatro asonantes los versos de una cuarteta, y de una cuarteta dedicada á sus lectores en que debió esmerarse puesto que es como el pórtico del libro y la síntesis de lo que contiene, y que ademas escribe un verso como el segundo que ni Lucifer lo entiende,—ni es poeta ni lo será nunca, aunque el mismo Apolo lo ordene y lo publique de Real orden, que no es poco decir para el que como yo blasona de católico, apostólico, romano y es mas monárquico que el mismo rey, como decía el otro.

Al mejor cazador se le va una liebre, dije para mis adentros; nada de particular tiene que al autor de las *Horas de amargura* se le haya ido un gazapo. Continuemos la lectura.

A *Cuba*: tal es el título de la primera composición:

«Oh! dulce tierra de delicias llena,  
Tú, que en tus brisas y fragantes flores  
Brindas al alma apasionada y pura  
Plácidos sueños»

Lo de que las brisas y las flores brindaran plácidos sueños al alma, me pareció un absurdo bajo todos conceptos.

Tú, que en tu cielo *bendecido* llevas  
El *claro sol* que presidió los días  
De mi infancia feliz, oye benigno  
Mi pobre canto.

Y en verdad que es bien pobre. No parece sino que el sol *que lleva el cielo bendecido* de Cuba es un sol distinto, único.

«El entusiasmo por mis venas corre,  
Mi mente alegre de placer sonríe,  
Cuando pronuncio de esperanza lleno  
Tu dulce nombre.»

Si el poeta no hablara de su entusiasmo de seguro que nadie ni aun conato de sospechas tendría.—Toda la composición es por el mismo estilo. Vayan dos versos:

¡Qué suave y dulce el mágico perfume  
de tus vergeles!.....

Creo que basta con la nuestra. No se puede dar una poesía mas desprovista de sentimiento poético; mas débil y rastrera como versificación, ni mas incorrecta en la forma. La mayor parte de los versos no son ni sáficos los que como tales se presentan, ni adónicos los otros.

Esta poesía me dió la medida de lo que era el escritor que entre las manos tenía; porque el verdadero poeta siempre lanza un destello de su númen aun en el escrito mas pálido que le dicte su musa.—Pasé no obstante á la segunda composición titulada: *A un lucero* donde entre otras cosas dignas de mención se hallan las siguientes quintillas:

¿Quién eres, dime, por Dios,  
Que yo que tus pasos sigo  
Busco tu sombra y tu abrigo,

Y voy de tu lumbre en pos  
Y tus destellos bendigo?

Oh! yo no sé, pero siento  
Al mirarte en lontananza,  
Algo de dulce bonanza,  
Algo de grato contento,  
Mucho de bella esperanza?

¡Qué algarabía, Dios de Israel! ¿Qué pasas, qué sombra y qué abrigos son esos de que nos habla el poeta tratándose de un lucero de quien antes habia dicho:

«Quien eres ¡ay! que mi frente  
De luto y dolor se viste  
Al verte por el Oriente?»

Y que mas adelante le hace sentir  
Algo de dulce bonanza,  
Algo de grato contento,  
Mucho de bella esperanza?—

¿Que quiere decir esto sino un hacinamiento de palabras sonoras y vacías de sentido?—

Después de estas dos composiciones no hemos tenido valor para continuar, porque estimamos mucho nuestro tiempo para perderlo sin provecho alguno. En el prólogo del Sr. Costales se califica de *bellísima* una poesía titulada *Sombras y recuerdos* y se citan los versos siguientes:

«Un ángel adoré puro y radiante  
Como hijo de la célica region,  
Un ángel que formaba la delicia  
De mi tierno y sensible corazón.»

Donde en realidad no se sabe quien es el *puro y radiante* si el ángel ó el adorador, por que todo puede ser, y donde lo vulgar del pensamiento corre parejas con la palidez de la versificación y lo incorrecto de la forma.—¿Para que mas citas si todo está escrito de la propia manera?—

Y no se nos diga que son los preludios de un poeta, sus ensayos; por que en el libro hay composiciones fechadas desde el año 1855, hace diez años, lo cual es un espacio de tiempo bastante al desarrollo poético del que fué besado en la frente por las Musas.—Como se ha visto, nuestro examen solo se ha verificado en las dos primeras composiciones de las *Horas de amargura*; pero creemos que ellas habrán dado una idea aproximada de lo que es el libro; es decir, una nulidad completa. Sin embargo, si alguno abrigará aun dudas, le retamos á que nos indique ocho versos seguidos que se puedan leer sin encontrar faltas groseras contra la versificación, contra la gramática y contra el sentido comun.—

¿Quien levanta el guante?

EL CLARINETE.

### EL NOVIO DE PASATIEMPO.

Fecunda ha sido siempre la imaginación del hombre en esto de proporcionarse pasatiempos. Búscanlos todos con avidez y no escusan medios para conseguirlos. El hombre que no sabe *pasar su tiempo*, no es hombre, es un ente incapaz de proporcionarse un goce y por lo tanto de hacerlo experimentar á otro. Está visto, un hombre así merece que se le destierre de la sociedad por inútil y por inhábil. Tal raciocinio es el que hacen mas de cuatro.

Para pasar el tiempo, debe suponerse que es condicion precisa ser jóven. Un viejo no tiene tiempo que pasar, puesto que todos los tiempos han pasado ya por él. Un jóven sí, tiene á su disposición largo tiempo (esta es á lo ménos su creencia) y puede facilmente hallar goces, distracciones, devaneos, pasatiempos en fin de todo género.

El amor es siempre de fijo el objeto de su preferente pasatiempo, puesto que su-



pone que de ningún modo pueden correr las horas mas breve y agradablemente que al lado de una mujer.—Una novia!—No bien lo ha imaginado nuestro personaje, cuando la tiene escogida. Enamórala con decision y arrojo, riéndose por lo bajo del empeño que parece tener ella en no concederle sino su *aprecio*, ni considerarle sino como *amigo*. A los pocos dias de conversacion y trato, estréchala y la obliga á que lo acepte por novio. La jóven, ya se vé, accede; ¿qué ha de hacer? y desde aquel instante el novio de pasatiempo entra en su terreno, pasando á constituir una parte integrante de la sala de su novia, donde se le vé todas las noches en un sillón *abonado* junto al de la muchacha, teniendo en frente á la madre que vela por su hija, cuando no dormita.

Al principio todos son transportes y éxtasis; la jóven se halla como absorta con la felicidad de tener un novio, y él parece que va á derretirse.—¿Qué apretones de manos, qué oprimirse los piés hasta hacerse daño para manifestarse así su vehemencia!—Inclinados el uno hácia el otro, confunden su aliento y se dicen mil vaciedades en voz muy baja, para que no las perciba el obligado testigo de todos estos mudos actores en la apariencia. Así se pasan las horas de la prima noche, sumamente satisfechos uno y otro con su tierno afecto y con el grato rumor de sus amorosos arrullos.

Si la novia es hija única, ó no hay en la casa alguna otra persona suficientemente autorizada á falta de hermana mayor para relevar á ratos á la mamá en su faena de vigilancia, ya está fresca la buena señora. Clavada en su asiento frente á los novios, vese precisada á soportar dos ó tres mortales horas de fastidio, luchando por una parte con el sueño que la invade y por otra con los mosquitos, que ya la pican insolentemente, ya le zumban coléricos en los oídos, acabando por enardecerle la sangre, y hacerla renegar del noviazgo que á tal martirio la sujeta. A la larga suele acabárseles á algunas la paciencia, por lo que en vista de lo crítico del caso, se levantan de vez en cuando á dar sus vueltas *por allá dentro*, mas que así tengan que dejar solos á los novios por algun rato, los cuales suelen entonces aprovechar su libertad para hacerse alguno que otro mimo, alguna que otra caricia, que dan lugar cuando el novio se propasa, á que la novia prorumpa en estas ó tales espresiones.—Estáte quieto.—No seas majadero.—Tranquilízate.—Mira que viene mamá.—¿Jesus qué pesado!.....

Los transeuntes, pescan al paso las espresiones, y los que tienen buena vista acaso lo que las provoca. Como todas son *novias de ventana*, ahí tiene V.—No hay mas diferencia sino en estar de pie á la reja, teniendo el novio por fuera, ó hallarse sentada en la sala con este al lado, pero siempre frente á la ventana. La culpa de ello tiénela sin duda la construcción de nuestras casas, que vienen á ser especies de jaulas bajas para que todo esté á la vista, y para que tanto se viva en la calle como en la casa.

Pero nada de esto debe entrar en la jurisdiccion de mi actual crítica, reducida á la pintura fiel y exacta del *novio de pasatiempo*, el cual principia á hacerse interesante á la observacion del curioso investigador, desde el momento en que el hastío se apodera de él y ya no halla alicien-

te alguno en permanecer junto á la que solo logró entretenerlo un breve espacio de tiempo.

Visitándola ya solo por compromiso y mientras no se presenta un buen pretexto para romper con ella, tiene nuestro héroe, que valerse de mil tretas y apurar el margen para ver de justificar sus frecuentes faltas y sus imprevistas ausencias.

Sus amigos, sabedores de su poco ó ningún entusiasmo y de sus deseos de librarse del compromiso, coadyuvan por su parte, con una oficiosidad digna de mejor causa, á realizar el proyecto de ruptura, presentando al desilusionado manco mil expedientes á cual mas malévolo, pero apropiados para ocasionar una riña entre los novios, que los separe y devuelva la libertad al amigo y compañero de aventuras y correrías nocturnas.

Este, no obstante su impaciencia por recuperar esa libertad, no se atreve á echar mano de esos violentos recursos, y opta por medios mas disimulados que le faciliten disfrutar á medias de los placeres de sus amigos, y contemporizar hasta cierto punto con las exigencias de la que aun se juzga su novia.

Por ejemplo, hay un medio excelente con el que cualquier novio de esta especie, vá acostumbrando á su ausencia á la que intenta abandonar; medio muy en boga entre la juventud, como que no es otro sino el gimnasio.

Para justificar la necesidad de este ejercicio, inventa padecer de cualquiera afeccion, para conjurar la cual, le ha dicho un facultativo, no hallará nada tan eficaz como el gimnasio.

Nuestra jóven, á quien llamaremos Lola, sufre extraordinariamente con la noticia; desespérase y despues de algunos movimientos de impaciencia, se opone abiertamente á que Pepe trabaje en gimnasio.

—Pero hija, ya ves que estoy muy delgado y dice el médico que si me dejo así, puede el mal degenerar en una tisis.....

—¿Qué saben los médicos? ¿Ponderativos!..... ¿Por qué no te curan con otro régimen, y no mandándote á hacer gimnasio?

—Porque lo que tengo es mucha debilidad, una gran flojera en las piernas y dolor en el pecho.

—Entonces, haciendo gimnasio vas á echar sangre por la boca.....

—Al contrario, Lola, porque mis músculos se desarrollarán y adquiriré nuevas fuerzas.

—Sí, y mientras tanto yo..... no, no quiero. A no ser que *hagas* gimnasio por las mañanas.

—No puede ser porque por las mañanas tengo que estar desde temprano en el escritorio.

—Pues yo no sé cómo va á ser eso.....

Aquí un lloriqueo y mucho golpear el suelo con el pié.

Pepe se hace el resentido y aguarda fiando en que triunfará de aquella por otra parte natural resistencia.

—Ingrato! ya no me quieres; dice de allí á poco Lola, enjugándose los ojos.

—Vamos, Lola, no seas boba, yo si te quiero; le contesta Pepe tomándola la mano, la cual acaricia con afectuosos golpecitos.

Lola se deja hacer, pero de pronto retira la mano con manifiesto enojo. Pepe redobla entonces las caricias, los agasajos y díselas tantas cosas, llamándola *Loló*, que

ella al fin se conmueve, abandona nuevamente su mano y concluye por acceder á cuanto pretende su amante. Este le promete estar una media hora escasa cada noche en el gimnasio, y correr presuroso en seguida á su lado.

Hecha esta primera concesion, la jóven está ya en camino de quedarse sin novio. Desde la siguiente noche, la primera de ansiedad y de expectativa para ella, andando vueltas por la casa como desatentada, consultando á cada instante el reloj del comedor y asomándose repetidas veces á la ventana. Ya la media hora, término señalado por Pepe para su ausencia, ha transcurrido, y su inquietud toma proporciones considerables. Las ocho ménos cuarto y Pepe no llega. ¿Qué le habrá sucedido? Inmóvil y casi sin aliento permanece Lola en la ventana, lanzando miradas á lo léjos por ver si descubre á su amante. Todos los que vé venir se le antojan Pepe, sufriendo lo que es consiguiente cuando al aproximarse el transeunte, se desengaña. Lola involuntariamente le asesta una mirada de odio, y vuelve á registrar la longitud de la calle con sus miradas ávidas.

Al fin divisa á uno que no puede ser sino Pepe: su misma estatura, su mismo aire, su propio modo de mover los brazos; sí, es Pepe, ahora no se engaña. El pretendido Pepe no obstante se acerca lo suficiente, y Lola vé con reconcentrada ira que es uno de esos chinos de levita y *bomba* que suelen pasearse por nuestras calles como cualquiera otro ciudadano pacífico é inofensivo.

¡Oh falsa óptica del amor! ¡Y á tales equivocaciones sugetas á las Lolas abandonadas!.....

Es de suponerse las quejas, las reconvencciones, las lágrimas que acojerán á Pepe á su llegada.—Prohíbele otra vez el gimnasio, pero Pepe que ha conseguido ya lo mas difícil, no se intimida y la disuade de su pretension, asegurándole en tono muy formal, que con solo aquellos primeros ejercicios hechos en esa noche, experimenta ya algun alivio.

Lola se resigna y no vuelve ya á intentar oponerse. Pepe continúa, pues, su *gimnasio* y con tanta decision y constancia, que cada noche es mayor su tardanza. La pobre Lola derrama en silencio sus lágrimas mas amargas, enjugándose las á cada paso para asomarse á la ventana por ver si lo divisa. Al fin una noche Pepe no parece por allí, y cuando el agudo son del pito del sereno resuena en la esquina, anunciando las diez y media, la jóven perdida ya toda esperanza, retírase de la ventana y penetrando en su aposento, arrójase vestida en su cama á dar rienda suelta á su llanto.

A esa misma hora, Pepe lanza sonoras carcajadas en una reunion de amigos instalados en el café del Louvre, sin que para nada se acuerde de Lola. A la noche siguiente se disculpa de cualquier modo con la jóven, que avenida ya al papel de víctima, le escucha sin reconvenirle.

Al cabo de algun tiempo su salud principia á alterarse, adelgaza mucho y no come nada. La familia lo observa, alármase la madre y consultado un médico, recétale este el aceite de bacalao. Lola se resiste, pero tanto la instigan, que venciendo su repugnancia, resúelvase á tomar el horrible brevaje.

Muchachas, si los amores os han de conducir á tomar aceite de bacalao, como



á Lola, renunciad á los novios; pues es preferible la soledad á tener que apurar cucharadas de esa desagradable grasa, por clarificada que hoy se espenda.

Siendo el empeño de Pepe dar mucho que sentir á Lola hasta que esta lo despidiera, lo cual es táctica muy corriente, claro es que no ahorrará medios que lo conduzca á este resultado.

Una nueva novia elejida para quitar toda esperanza de su enmienda á la joven, es el golpe de gracia. Pepe queda como deseaba despedido, y Lola languidece largo tiempo, hasta un día en que reanimada su necesidad de amar, cae de nuevo en la tentación y héteme á la joven con otro novio, que ó se casa con ella, ó la abandona al fin como Pepe. Esto último es lo mas probable.

Mientras tanto nuestro Pepe, *novio de pasatiempo* de oficio, torna á enamorarse y tambien á aburrirse de la novia al poco tiempo, hasta que cae en las redes de una coqueta temible y fascinadora, de quien se prenda seriamente, y la cual le hace experimentar grandes mortificaciones y sufrir grandes pruebas, vengando de este modo á sus antecesoras.

Así suelen espiar su lijereza y volubilidad todos los *Pepe*s que á semejanza del de mi artículo, tienen por oficio el de *novios de pasatiempo*.

GENARO ABEL.

## UN BANCO FANTASTICO.

SR. DIRECTOR.

Vuesa merced, debe ya de saber lo que es un Banco; y dígolo, porque leí no ha mucho todavía algo que escribió sobre uno que llaman en la Habana «Español» y al que, tengo para mí, le viene como de perlas el patronímico, sin que esto sea un epigrama contra el sistema financiero nacional, ni mucho menos sobre el adelanto prodigioso que alcanzamos los españoles de ambos mundos é islas adyacentes en eso que nombran Economía política, llamando particularmente la atención de v. m. sobre la circunstancia de haber yo escrito con mayúscula el sustantivo Banco, para que nadie le confunda con el nombre de aquel mueble en que suelen algunos sentarse, por mas que tambien á muchos haya *sentado*. Este de que voy á ocuparme y no obstante ser la silla en que se sienta, por lo comun, el descrédito.

No sé si v. m. ha dado por acaso en la flor de leer versos; y por si fuese que no, cópiole á renglon seguido estos de Arriaza:

Y de Belona en el dudoso empeño,  
Donde nuestra fortuna airado el ceño,  
Allí los héroes busco.

Pensará v. m. que voy á escribir *Soliloquios* viendo lo descosidos que andan al parecer estos párrafos; pero ruégole que tenga calma, y verá si la tuviere, que ni reñí con la lógica, ni voy camino de Mazzorra.

Volviendo, pues, á los conejos de España, Arriaza buscaba sus héroes, no en los vencedores, sino entre los vencidos, y encontrólos abundantemente en la infausta rota de Trafalgar, con lo que dejó para muchos sentado como verdad inconcusa su paradójico principio.

¡Oh, poetas! bien hizo Platon en ponerlos de patitas á la puerta de su república!

Bien hace Zambrana en ataros corto al cuello de los músicos, como se atan de dos en dos á los forzados en nuestras calles y presidios! Bien hace Belmonte en no daros pito á tocar en su Serenata.

Leyeron, en mal hora, los accionistas de este Banco los versos de Arriaza y creyendo axioma económico el arranque patriótico del poeta, dijeron. Si en ser vencido está el mérito, echémonos, pues, en busca de un individuo que lo haya sido por el crédito y elijámosle *némine discrepante* Director. Y al doblar de una esquina dieron con uno que les venia como de molde. Eligiéronle sin mas ni menos; y echó la banca por esos mundos en busca de necesitados á quienes amparar.

A poco dieron en decir las gentes que andaba el Banco mas que medianamente cojo; que habia ya quien monopolizase sus préstamos, y que si bien favorecia á ciertos comerciantes, nada habia en pró de los hacendados. En esto último se portaba como debia el Banco, puesto que nada tenia de agrícola; pero echando luego de ver que sus ganancias no eran cosa y que por mas combinaciones financieras que imaginaba iba ello de mal en peor, vino en mientes acrecentar su esfera de acción, y apechugó con los buenos dueños de *ingenio*. ¡Gran día fué aquel para los miopes de la industria sacarina! El Banco pidió á grito herido que se le endosase un voto de gracias; y este Br. dijo para su capote: «el Director va á aumentar un poco mas su heroísmo del sistema Arriaza.»

He aquí comprendidas en un caso histórico las operaciones del Banco con los hacendados. El ingenio A, clava anualmente 3,000 ¢ de azúcar, que vendidas á \$20 una, producen 60,000 patacones. Bier: pues el Banco adelanta á su dueño esta cantidad pagadera con las  $\frac{3}{4}$  partes de la zafra, en el término de un año. Es decir que prohibiéndole sus estatutos prestar dinero con mas de doce meses plazo el Banco, dá 60000 y cobra 36000 á sabiendas, aunque reservándose el derecho de decir luego que..... los hacendados son unos *benditos*.

Dirá v. m. que se barrenaron los estatutos. Error! consta en el contrato que el plazo dado fué el legal. Direis que hubo mala fé de parte del Banco. Falso: El Banco calculó la zafra del ingenio A. en 600 cajas, los malos tiempos, la seca, las enfermedades le dieron al trasto con su cálculo.

Cumplido el plazo y concluida la zafra, el ingenio A se encontró deudor de \$24,000. Nuevo negocio del Banco con el ingenio para el pago de la deuda antigua y del adelanto del nuevo año, siempre pagando la finca todo su pasivo con las  $\frac{3}{4}$  partes de los productos, que es como decir: préstole 5 para que me pague v. m. con tres. De año en año creció la deuda hasta igualarse al valor de la finca: esta pasó, pues, á propiedad del Banco.

Héteme aquí, pues, á un Banco prestamista convertido por la ciencia de sus directores, en industrial-agrícola; es decir, cambiando enteramente la índole y el carácter de su institucion, contraviniendo la ley y arruinándose ademas.

Direis: el Consejo administrativo del Banco habrá puesto las peras á cuarto al Director. Nada de eso; antes al contrario, le declaró tres veces héroe (sistema Arriaza) y le suplicó de rodillas que conti-

nuase hasta el fin de los siglos lo que tan galanamente habia comenzado.

Sr. Director; no será tiempo todavía de que comencemos á poner al frente de las empresas industriales á personas cuyo mérito consista en estudios especiales y nó en haber heredado millares de duros ó en haberlos reunido por la fuerza de las circunstancias?

No ha llegado la hora en que para dirigir un Banco sea mejor quien manifieste para ello suficiencia, por sus estudios económicos, que aquel otro que ha pasado su vida comprando y vendiendo mercancías ó dando dinero á rédito? Pues, si nó, emprendamos Sr. Director una cruzada contra la ignorancia, los errores y las preocupaciones económicas.

Es bien que digan las malas lenguas viendo publicado el balance de un Banco: «he aquí un logrogrifo»? Es bien que venga á deciros un maldiciente al oído: ese efectivo en caja que reza el balance, es un préstamo recogido entre los amigos del Director para hacer parada en el *corte de caja*; pero concluido este, vuelve á sus pacientísimos dueños el dinero?

Es bien que digan otros; esos millares de pesos que aparecen en hipotecas, nada producen, están empatados, y su cobro es tan difícil, que pueden pasar al pasivo de pérdidas y ganancias? Es bien, en fin, Sr. Director, que se digan esas y otras mil majaderías, apeando de su altura con esos dichos el crédito del Banco? Y todo ¿porqué? Porque nadie concede á la Directiva suficiencia para la direccion; y ven todos á las claras..... que andan las cosas muy turbias, y que los héroes del sistema Arriaza, serán si se quiere unos Leonidas, pero son vencidos en la lucha.

EL TROMPETA.

## A ULTIMA HORA.

NOTICIAS INTERESANTES.

Estamos autorizados para manifestar que no tiene fundamento alguno la especie que ha circulado en estos dias acerca de un grave disgusto ocurrido entre el *cocinero* de cierta casa de la calle de San Ignacio y sus ilustrados dueños. Por el contrario, cada dia están mas satisfechos los unos del otro, cosa que como conocerán nuestros lectores, no sucede muy á menudo á la *generalidad de las gentes*.

El folletín que en el número de hoy ha aparecido en nuestro cólega el del Manto, ha causado *profunda sensacion* entre todos los *literatos*, sin que hasta la fecha las once de la mañana lo haya entendido nadie.—En nuestro próximo numero daremos mas pormenores acerca del particular.

Sabemos positivamente que, accediendo á las repetidas instancias de sus *numerosos* admiradores, se ha decidido, al fin, el ilustrado economista D. I. R. L. á hacerse cargo de explicar publicamente los principios de esta ciencia luego que la aprenda. Con este mativo se cree que la escuadra francesa abandonará sin demora nuestros tranquilos mares.

Imprenta y Librería EL IRIS, Obispo 22.